

Editorial

Estamos alterados

(Rev APSAN 2021,1(1): 5-6)

Alberto Botto

Estamos alterados, qué duda cabe. Entre el estallido social y la pandemia causada por el coronavirus nuestra vida cotidiana ha sido tomada por sorpresa y desde entonces hemos vivido en un estado de alerta permanente, puesta nuestra atención en lo otro que nos amenaza y en los otros que nos solicitan: hemos vivido alterados. Desde luego, no todo ha resultado ser fuente de desgracias y sufrimientos. También –y en esto, hay que decirlo, tenemos miles de años de experiencia– hemos sabido sobreponernos. Sin ir más lejos, ya nos encontramos en medio de un momento constituyente y, según los cálculos más optimistas, la vacuna para el coronavirus debiera comenzar a utilizarse de manera masiva en los próximos meses. Por cierto, detrás de estos notables hechos despunta algo que en la esfera pública no ha dejado de ser invocado una y otra vez: me refiero la necesidad de discutir, pensar y decidir en base a razones; es decir, contar antes que nada con nuestra racionalidad. Sin embargo, para todos ha sido evidente que una cosa es explicar un fenómeno (invocando diversas causas o motivaciones) para luego buscar sus posibles soluciones, y otra cosa muy distinta es describirlo. Y más aún vivirlo.

Pues bien, en este momento nos encontramos ante fenómenos que no solo están ocurriendo «allá afuera» sino que nos están sucediendo a todos y donde todos somos, en mayor o menor medida, protagonistas. En consecuencia, estamos alterados. Y si algo nos altera es porque nos afecta. ¿Y qué son los afectos sino la constatación del efecto que el mundo ejerce sobre nosotros? Es cierto: en ese sentido, las emociones representan una forma de respuesta inmediata, prerreflexiva, ante una diversidad de estímulos captados desde el ambiente. Pero no son solo eso. Las emociones además pueden, por sí mismas, modificar el mundo. Si no, basta con preguntarle a un enamorado por la distancia que lo separa de su pareja

para constatar que su espacio, su mundo, no es el mismo que el nuestro. Mientras hace un momento vivíamos sin tener demasiada consciencia de la distancia física entre las personas, de pronto el temor ante el contagio y la angustia hizo que percibiéramos la cercanía con los demás como pura amenaza. ¿Cuánto de esto ha formado parte de la discusión pública? Tanto se ha enfatizado la relevancia de mantener un diálogo racional (lo que, por lo demás, es indudable), que se ha corrido el riesgo de perder aquello que para los terapeutas forma parte de la experiencia cotidiana: no solo estamos afectados y alterados, sino que nuestros afectos –y no únicamente la razón– también pueden cambiar al otro, también pueden cambiar el mundo. De modo que incorporar las emociones en el ámbito deliberativo resulta una necesidad que no solo tiene consecuencias teóricas, sino que también éticas y, desde luego, políticas. «Concebir las emociones como elementos esenciales de la inteligencia humana, y no como meros apoyos o puntales de la inteligencia – apunta Marta Nussbaum en un ensayo formidable¹– nos proporciona unas razones especialmente poderosas para fomentar las condiciones del bienestar emocional en una cultura política, pues esta concepción implica que, sin desarrollo emocional, una parte de nuestra capacidad de razonar como criaturas políticas desaparecerá». Y, me parece, es precisamente en ese cruce de caminos entre la razón y los afectos –ese lugar en que nos reconocemos alterados, profundamente afectados– donde podemos encontrar el sentido último de nuestro oficio.

¹ Nussbaum, M. (2008). *Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones*. Barcelona: Paidós. pp. 23-24.